

Un día compré un aguacate verde con manchas negras : liso, lustroso y denso como una bella lágrima de hipopótamo. Al abrirlo, rajando lentamente la concha con un cuchillo, me sorprendió que en lugar de semilla hubiera otro aguacate. Lo tomé entre mis manos como si fuera una preciosa miniatura. Luego de contemplarlo un rato decidí cortarlo también. En el sitio en que comúnmente se halla la semilla había una ciudad pululante. Un hombre me llamó y entré a esa ciudad construída sobre las colinas a ambas márgenes de un río y un pedazo de mar. Me llamó la atención el gran número de mercados donde no veía otra cosa que aguacates de todos los tamaños ; me sorprendió asimismo la cantidad de mezquitas que flotaban sobre los techos de las casas y la altura de las lomas, y cuyas cúpulas tenían forma de aguacate, como los hermosos y lujuriantes cuerpos de las mujeres de caderas de aceite, tornasoladas alrededor de los escarceos del agua golpeada por el sol. Fue un vicio de aguacates concéntricos y ya no volví sobre mis pasos, cai en el cóncavo vértigo. Pasé varios años registrando aguacates y explorando y descubriendo nuevas ciudades hasta el día en que encontré ésta al borde del desierto, con sus torres azules y viejas fuentes corrompidas color esmeralda, color aguacate. Aquí me enamoré de una muchacha de diecisiete años y desde nuestro matrimonio vivimos en este hogar fresco hecho con pieles de aguacate. Por las noches, una vez cada año o cada seis meses, sueño con lo que dejé atrás. / BEN FIFMAN ZIGHELBOIM